

Hacia una educación liberadora

Suplemento del Cuaderno n. 205 de CJ - (nº 239) - Septiembre 2017
Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona - 93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net

Porque amamos la educación...

Si otro mundo es posible, nos hacen falta herramientas que lo hagan posible y la educación, sin duda alguna, es la principal. Con esta inquietud, nos hemos reunido durante todo un curso en Cristianisme i Justícia para reflexionar y ofrecer, en medio de una situación de crisis y desencanto, una palabra que sea a su vez denuncia y anuncio. Trabajamos en escuelas muy diversas (públicas, concertadas y privadas), en pueblos, barrios y ciudades de Cataluña... pero a todas nos une un gran amor por nuestro trabajo, por los alumnos y por el sueño de forjar una educación diferente para un mundo diferente.

Una educación sometida a los ídolos del sistema

No somos ingenuos. Somos conscientes de que la realidad de partida es dura, difícil y

a veces desalentadora. Lo es en relación a la educación misma, en la que los criterios mercantilistas parecen ir ganando terreno. Estos criterios y la obligación, comprensible, de las instituciones educativas de buscar su sostenibilidad económica han sido claves a la hora de marcar algunas de las líneas y opciones pedagógicas. La escuela tampoco ha escapado al imperio de la “tecnociencia” o de la “innovación” entendida como una finalidad en sí misma, aceptando acríticamente elementos que deberían estar al servicio de la educación y no a la inversa.

Ciertamente, ni la escuela ni la educación son ajenas a un mundo donde el capitalismo parece haber colonizado todos los espacios de la vida. El relato que se impone en lo que respecta al modelo económico y de consumo, a los valores y criterios de éxito y realización personal, ha invadido también el ámbito educativo. Hay una cierta sensación de derrota, de rendición a unos nuevos ídolos que son aparentemente demasiado fuertes como para ofrecerles resistencia.

Este contexto acaba afectando a la misma condición y trabajo del docente, a su libertad y vocación. Un trabajo tan alto y tan noble queda enzarzado en un circuito de condicionantes tan grande que acaban convirtiendo al maestro o maestra en meros “gestores” de expectativas: las de las familias que quieren lo mejor para sus hijos; las de la propia sociedad ordenadas en base a un sistema de valores muy concretos; las de la propia escuela, institución... Unas expectativas, siempre en el marco del mismo sistema, que no hacen más que poner en duda la capacidad de transformar lo que necesita de una profunda transformación.

Somos conscientes de que la escuela no puede ser una burbuja artificial en medio de la sociedad, pero creemos que hay margen para una educación transformadora que enseñe a valorar críticamente un modelo de vida que tiene un fuerte impacto tanto sobre la felicidad de las personas como sobre la viabilidad de nuestro planeta. Una educación que sea más ventana que espejo.

La propuesta de una educación transformadora y liberadora

Porque creemos en la posibilidad de una educación transformadora y liberadora, nos atrevemos a hacer unas propuestas que puedan ayudar a abrir el debate y la reflexión:

Despertar en los alumnos la conciencia y el compromiso con el bien común. En los temas sociales, hay que pasar de las respuestas y los enfoques asistenciales a atrevernos a abordar los orígenes de las desigualdades en nuestra sociedad. Esto implica un análisis de la realidad social que tenga en cuenta no solo las consecuencias sino que afronte las causas y que despierte

en los alumnos un espíritu crítico e interpellante que no olvide la dimensión política.

Hacer de la escuela un verdadero espacio de integración. La escuela y el sistema educativo, en general, no pueden ser un lugar que incremente, reproduzca o dé por normalizadas las desigualdades o donde la diversidad sea vista como un “problema” que afecta al rendimiento y a los resultados. En la escuela hay que trabajar activamente por la cohesión y la igualdad de nuestra sociedad, y más cuando esta está gravemente amenazada por múltiples líneas de fractura. A este respecto, haremos bien en recordar lo que nos decía el libro *Carta a una maestra*, del que ahora se cumplen cincuenta años: «Alguna vez sentimos la tentación de quitarnos de encima a los chicos y chicas difíciles. Pero si los perdemos, la escuela ya no es escuela. La escuela no puede ser un hospital que cura a los que están bien y rechaza a los que están enfermos».¹

Educar para una vida plena y una mayor conciencia planetaria. Seguimos pensando que la educación en valores es un elemento básico que tendría que guiar nuestra acción educativa. Pero es bueno que estos valores que asumimos como principios sean contrastados continuamente por nuestra práctica educativa. Cuando nos comprometemos de verdad con la transmisión de valores como la sobriedad, el decrecimiento, el compromiso, la humildad... valores que están en la base de una vida plena, estamos transmitiendo a la vez unos valores alternativos a los que imperan en nuestra sociedad. La defensa de este ideario y su propuesta entran en contradicción flagrante con muchas expectativas y generan no pocas tensiones. Pero creemos que el planteamiento de una educación transformadora y liberadora tiene que afrontar este riesgo y

estas tensiones si quiere ser fiel a la voluntad de construir un mundo mejor. Sino caeremos en aquello que el pedagogo brasileño Paulo Freire denunciaba hace años: «La afirmación que “las cosas son así porque no pueden ser de otra manera” es odiosamente fatalista y uno de los muchos medios con los que los que dominan intentan abortar la resistencia de los dominados».²

Una educación no solo condicionada por criterios económicos. En un mundo con recursos escasos y con una demografía que amenaza la supervivencia de muchas instituciones surge la tentación mercantilista. Una educación transformadora no puede dejar que todo su trabajo docente esté guiado por criterios puramente económicos. Estos anteponen el papel del marketing, la publicidad o los intereses corporativos a las aportaciones menos estridentes fundamentadas en la psicopedagogía y basadas en la centralidad de niños y jóvenes.³ Además, estos instrumentos a veces no hacen sino realzar los valores de la competitividad y el éxito personal que están precisamente en la base de la enfermedad de nuestro sistema.

Recuperar el rol ético del maestro. La mayoría somos educadores por una vocación de servicio a nuestros alumnos y también a sus familias, a fin de cuentas una vocación de servicio a toda la sociedad. Pero la pérdida de esta dimensión de servicio y de la relevancia social de los educadores, convirtiéndoles en meros gestores, hace que poco a poco se vaya reduciendo la llama de aquella vocación inicial, afectada por otros roles que no les son propios. No es solo un tema económico de recortes o de pérdida de poder adquisitivo, sino que es sobre todo una cuestión de sentido. El maestro es un elemento esencial en el sistema educativo. Devolverle su rol de libertad y autoridad es

básico para hacer del aula un territorio de libertad y creatividad.⁴ Hace falta recuperar la autoestima y el orgullo del ser maestro, la confianza en el maestro. Necesitamos conectar y tomar consciencia de nuestra vocación, para respirar a pleno pulmón el aire limpio de una libertad y un afecto reencontrados. Conectados con lo esencial de nuestra labor educativa... y respirar, respirar...

Recuperar el placer del conocimiento por el conocimiento. No puede ser que todo en nuestra vida sea allanado por el utilitarismo. La educación necesita un tiempo y unos espacios que no pueden ser condicionados e intervenidos continuamente por factores externos al hecho educativo. Maestro y alumno han de disfrutar cada uno de su papel, y para ello tienen que poder respirar una libertad que en estos momentos apenas se da, sometidos siempre a la dictadura de los resultados.

Nuevas y antiguas herramientas para afrontar el reto

Pero, para llevar a cabo estos planteamientos ¿qué necesitamos, con qué herramientas contamos?

Una teología y una espiritualidad liberadoras. Como personas creyentes y ligadas a Cristianismo i Justicia, hemos valorado el hecho de contar con una teología y una espiritualidad que brotan del mismo mensaje y acción liberadora de Jesús, maestro él también. Una teología y una espiritualidad que denuncian precisamente la idolatría al dinero, la idolatría a los mercados y a la tecnociencia, y que claman el volver a poner a la persona y a la naturaleza en el centro de todo. Creemos que el evangelio sigue aportando a nuestra

sociedad y, sin duda, a la educación, una fuente en la que alimentar la resistencia y la esperanza. Hacer surgir lo mejor de uno mismo, “curar”, animar, abrir caminos de libertad y fraternidad, denunciar... son tareas del “maestro” Jesús que creemos que pueden inspirar una labor educadora que quiere transformar a la persona y a la sociedad desde dentro y desde abajo.

Unos modelos pedagógicos que han supuesto grietas en el muro del sistema y que han abierto nuevas perspectivas. Experiencias de pedagogía liberadora que han marcado profundamente pueblos y generaciones enteras con unos planteamientos que no solo son válidos sino que resultan proféticos para el momento actual. Tenemos que beber de estos testimonios personales o colectivos que han abierto caminos de liberación, grietas por donde huir de las situaciones de tiranía, ahogo y falta de libertad. A todos nos vienen a la cabeza maestros, escuelas y pedagogías que nos han marcado profundamente y que nos han construido como personas. Maestros anónimos que desde su trabajo diario han abierto las puertas al futuro de alumnos, niños y jóvenes, que partían de situaciones sociales y familiares muy desfavorecidas.

Unos alumnos sensibles a la verdad y anhelantes de libertad. Como en todas las

épocas, nuestros alumnos sueñan con un cambio, y son ellos quienes nos empujarán hacia caminos que no podemos ni sospechar. La vocación del maestro conecta, o debería conectar, con estos deseos profundos para ayudar a que afloren, que se manifiesten. Somos muchas veces auténticas matronas de todo el potencial encerrado en nuestros alumnos, un potencial subyugado por un sistema que quiere producir un determinado tipo de personas falsamente libres, falsamente creativas. El reto de una educación transformadora se nutre del profundo deseo de toda persona humana de crecer y de llevar una vida de plenitud.

Un compromiso

Tenemos sueños, tenemos deseos, tenemos propuestas, tenemos herramientas... Por eso nos reafirmamos en este inicio de curso, cada uno de nosotros y como grupo, en la voluntad y el compromiso de trabajar y ayudar a la transformación de la educación. Lo haremos humildemente y desde abajo, con acción y con reflexión, conscientes de que es una labor de toda una vida y siendo fieles a nuestra vocación.

Grupo de educadores y educadoras de Cristianisme i Justícia⁵

-
1. ALUMNOS DE LA ESCUELA DE BARBIANA (Italia) (2000). *Carta a una maestra*. Madrid: Editorial PPC.
 2. FREIRE, Paulo (1997). *A la sombra de este árbol*. Barcelona: El Roure, pág. 111.
 3. Vale la pena recordar las palabras de Mercè Rodoreda «Las cosas importantes son las que no lo parecen». (2002). *Cuanta, cuanta guerra...* Barcelona: Edhasa.
 4. En este sentido, recomendamos el documento *Samaritanos, maestros y testigos*, publicado por Educú, sector de educación de la Compañía de Jesús (julio del 2017).
 5. José Alberjón, Manu Andueza, Montse Armengol, Claustre Besora, Roser Bosch, Ernest Botargues, Doro Carbó, Cristina Domínguez, Tere Iribarren, Oriol Jiménez, Gemma Justo, Marga Montobbio, Ignacio Peralta, Ferran Perelló, M. Dolors Prats, Santi Torres, Pere Vilaseca. Contacto: educaciocj@gmail.com